

Documento 3

La usura

—Mala ha sido la fama del mercader siempre entre los cristianos. Casi como la del hombre de libros: «nin judío torpe, nin liebre perezosa». —Sí, y no se puede simplificar, pero de ahí viene la inquina, como de ahí proceden la prevención o el desprecio hacia los oficios viles o útiles: sastre, zapatero y, desde luego, banquero. Aunque en torno al dinero -«el dios visible», que diría Shakespeare, «el Dios de este mundo», que diría Lutero— y al interés hay toda una teoría teológica y unas concepciones canónicas y morales marginales a esta cuestión judía española. Pero no dejan de repercutir sobre ella: el judío viene a encarnar el dinero, el hacer dinero mediante el interés, que Aristóteles había considerado ya como una perversión antinatural. Como estaba prohibido a los cristianos, era asunto de judíos. Así de simplistamente funcionaron las cosas. Es decir, la usura o préstamo a interés es necesaria, luego alguien tiene que hacerla; que sean los no cristianos. Y se echó mano de los judíos como testaferros económicos de la propia Sede de Roma: «isti nostrijudei sunt». Es una tesis y un proceder similares a los que se actuarían frente a una cuestión como la prostitución: que sean las mujeres de la clase baja las prostitutas, ya que éstas son necesarias; o a la postura de los inquisidores frente a la efusión de sangre: que sea el poder temporal el que la haga. (...)

José Jiménez Lozano (2002). “**Sobre judíos, moriscos y conversos**”. “**Convivencia y ruptura de las tres castas**”. Ámbito Ediciones, Valladolid. Página 49